
ARTÍCULO

Humberto Muñoz: crítica e institucionalidad

*Humberto Muñoz:
Criticism and Institutionality*

SUSANA INÉS GARCÍA SALORD*

* Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas-UNAM

RESUMEN

El texto es una breve semblanza que rinde homenaje a Humberto Muñoz García con motivo de su fallecimiento. Despide y reconoce a Muñoz García en sus múltiples roles: académico, colega, amigo, maestro, y jefe. La autora conoció a Muñoz García primero a través de sus publicaciones, como los Censos y el Diagnóstico del Personal Académico de los años 80, y más tarde en persona, estableciendo una relación de colega y participando juntos en el Seminario de Educación Superior a partir de 2005. La contribución de Muñoz García se enmarca en una generación de académicos de la UNAM que ingresó a finales de los años 50 y principios de los años 60 del siglo XX, cuya formación se basó en el reclutamiento directo en el aula o laboratorio, con una alta exigencia académica y una concepción de carrera más gremial que meritocrática. Esta formación le permitió a Muñoz, a los 30 años, obtener un Doctorado y, a los 42, ya ser Titular C e ingresar al nivel III del SNI. Sus críticas al orden académico posterior

se fundaron en esta rica experiencia, abogando por estímulos que fomentaran la lectura, el pensamiento crítico, y la convivencia socio-cultural intensa.

ABSTRACT

The text is a brief tribute marking the passing of Humberto Muñoz García. It bids farewell to and acknowledges Muñoz García in his multiple roles: academic, colleague, friend, teacher, and boss. The author first knew Muñoz García through his publications, such as the Censuses and the Diagnosis of Academic Personnel from the 80s, and later in person, establishing a colleague relationship and participating together in the Higher Education Seminar starting in 2005. Muñoz García's contribution is framed within a generation of UNAM academics who entered in the late 50s and early 60s of the 20th century, whose training was based on direct recruitment in the classroom or laboratory, with high academic demands and a concept of career that was more union-based than meritocratic. This training allowed Muñoz to obtain a Doctorate at age 30 and, at 42, already be a Titular C and enter Level III of the SNI. His criticisms of the subsequent academic order were founded on this rich experience, advocating for incentives that encouraged reading, critical thinking, and intense sociocultural coexistence.

Agradezco a las colegas que organizaron este merecido homenaje a Humberto Muñoz y que me invitaron a participar en lo que yo entiendo y siento como un rito de paso; un ritual que, a muchos de nosotros y nosotras nos convoca para despedir y para reconocer a Humberto; al Humberto que fue para cada uno de los aquí presentes: el académico reconocido y respetado, el colega, el amigo, el maestro, el jefe, el padre, el compañero, el cómplice o el que cada cual quiera inventar de acuerdo a su propia historia.

Este homenaje como rito de paso es una puesta en común para cerrar un ciclo y empezar otro, donde aceptamos que Humberto ya no está y no estará entre nosotros, y ahora cada uno seguirá su camino sin su apoyo generoso y solidario, sin sus consejos, pero seguirá estando presente con su legado, recuerdos y anécdotas.

Yo hoy vine a despedir a un colega que fui aprendiendo a querer y a respetar con el paso del tiempo, a lo largo de muchos años. Lo conocí primero a través de unas publicaciones: los Censos y el Diagnóstico del Personal Académico de los años 80, justo cuando empecé a estudiar la carrera académica junto con Larissa Lomnitz; ella tenía esos

ejemplares en su cubículo; además de que fueron muy útiles para la investigación, el libro segundo es muy bonito, muy puma, en azul y oro de tapas duras.

Casi 10 años después, a finales de los 90, conocí a Humberto en persona en los Congresos del COMIE y empezaron nuestras discusiones sobre los académicos, el SNI, el PRIDE, los vericuetos de la evaluación y de los estímulos; discusiones que siempre fueron medio acaloradas y aceleradas de mi parte y de la suya más tranquilas y atentas a escuchar.

Luego en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales conocí a un Humberto acompañado de una suerte de Club de Toby, un grupo de colegas —todos hombres— muy entusiastas y queribles. Y desde 2005 me invitaron a formar parte del Seminario de Educación Superior, fundado por ellos y ella un año antes (ver foto del grupo fundador). De ahí en más lo que nos unió fue el interés común en estudiar para comprender la cuestión universitaria y debatir alternativas para el cambio institucional.



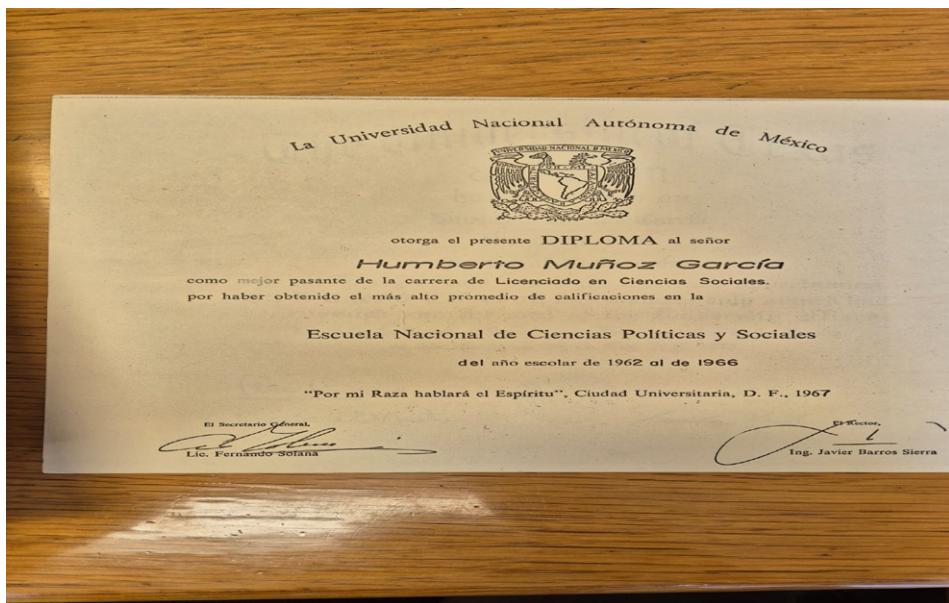
Fuente: página del Programa Universitario de Estudios sobre Educación Superior -UNAM.

Lo que quiero compartir hoy con ustedes son dos impresiones. La primera es que creo que todas las críticas que Humberto hizo al orden académico vigente a partir de los años 90 tienen que haber estado fundadas en la rica experiencia en la que se formó el grupo de jóvenes académicos consagrados y establecidos que pasaron a formar parte de la nueva élite académica a la que Humberto perteneció.

Una generación de jóvenes que ingresaron como estudiantes de la UNAM a finales de los 50 y principios de los 60; y fueron herederos de la generación de universitarios que estaban construyendo los cimientos de lo que sería la UNAM pos-68.

En esa universidad “el aula, el laboratorio o el proyecto de investigación eran los espacios de reclutamiento, donde azarosamente los profesores e investigadores “pescaban” y motivaban a quien se dejara y quisiera incluirse en la suerte de noviciado y de aventura” que les ofrecieron para formarse en el oficio¹: exigiéndoles mucha dedicación al estudio; mucha disciplina y esfuerzo y socializándolos en un continente intelectual y social vital y gozoso.

Parece que, efectivamente, Humberto se lo tomó en serio, le echó muchas ganas y fue muy buen estudiante, porque en 1967 —ya como pasante— recibió un pequeño diploma donde lo reconocieron como el promedio más alto de su generación de licenciatura.



Fuente: archivo de constancias académicas de Humberto Muñoz.

Luego los motivaron y becaron para que fueran a formarse en el extranjero; y propiciaron su incorporación temprana al oficio y a la carrera académica como ayudantes y becarios.

¹ Salord García, Susana (2001) “Las trayectorias académicas: de la diversidad a la heterogeneidad”. Revista Mexicana de Investigación Educativa, vol. 6, núm. 11, enero-abril, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C. México. Página 7.

Así la historia, resulta que Humberto se hizo académico bajo una concepción de carrera más gremial que meritocrática; una coyuntura de la UNAM donde el recorrido por la trayectoria estatutaria (titular, adjunto y auxiliar, más la posición de ayudante) era el espacio de constitución y reproducción de grupos, no sólo de individuos centrados en un proyecto individual.

En esa visión de las cosas, el joven Humberto, a los 30 años ya era Doctor, a los 40 ya era un académico consagrado con el premio a la investigación en Ciencias Sociales de la Academia Mexicana de Ciencias; y a los 42 años, en 1986, ya fue titular C e ingresó directamente al nivel III de un SNI recién estrenado.

Por eso pienso que Humberto fue la constancia encarnada de que la formación en el oficio académico necesita de estímulos, pero no los que conocemos hoy y que él criticó con fundamento, sino los estímulos que tuvo su generación: un mundo de oportunidades con profesores dedicados, buenos o no tan buenos, pero con un ideal o un proyecto de universidad, con una estrategia pedagógica dirigida a enseñar a leer, a pensar, a criticar, a debatir y a escribir, en un ambiente con una biblioteca relativamente equipada y una cafetería donde los profesores y estudiantes no sólo habitaron el espacio institucional sino que convivieron entre mucha conversación, encuentros sociales, chorcha y grilla. En fin, se formaron expuestos a un intenso intercambio sociocultural entre los universitarios como desiguales, diferentes y contrincantes.

Como herederos, de manera temprana esos jóvenes también asumieron tareas de gestión de los asuntos académicos. Entre 1976 y 2000 —entre los 32 y los 56 años— Humberto desarrolló su vida académica siendo funcionario. Y también le correspondió estar en múltiples espacios colegiados que por su función de evaluación, selección o asesoría requerían de la presencia de académicos establecidos y consagrados, aunque fueran jóvenes.

Entre 1976 y 1980 —a los 32 años y siendo asociado C— Humberto fue Secretario Académico de su Instituto; en 1982, a los 38, siendo Titular B asumió como director de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico y lo fue casi por 5 años; y ya como Titular C —entre 1987 y el año 2000— fue coordinador de Humanidades con tres rectores: Carpizo, Sarukán y Barnés; y en un breve paréntesis fue director del Centro de Estudios sobre la Universidad.

Y aquí mi segunda impresión. Creo que nuestro colega tomó la opción más incómoda que un universitario como él puede elegir para estar en la universidad: optó por ejercer la crítica desde mero adentro y, a la vez, asumir el compromiso de ser institucional, que muchas veces significa no criticar a la institución. Esto quiere decir que optó por recorrer su trayectoria caminando por “el filo de la navaja”, por “el borde del precipicio” o con “la soga al cuello”; son las tres metáforas que se me ocurrieron para representar de manera rápida un lugar que se sostiene en un equilibrio siempre inestable.

Con esto no quiero insinuar —ni por asomo— que Humberto fuera una “víctima del sistema” o un masoquista consumado; por el contrario, él tomó la opción propia o natural para un apasionado por la universidad que apostó por el cambio institucional planteando “lo necesario no sólo lo posible” —como decía Justo Sierra— y si sólo lo posible es lo que se presentaba como “realización inmediata”, pues le apostó a lo posible, aunque fuera “imperfecto”².

Humberto siempre mostró los focos rojos que existían en nuestra universidad, pero —por lo que sé— siempre estuvo al “pie del cañón” en todas las reformas: las reformas por convocatoria inauguradas en los años 70; las que pasaron a la historia con nombre de rector; las reformas por Congreso de 1990; la reforma institucionalizada como proceso permanente del nuevo milenio; y estuvo al “pie del cañón” en los procesos de negociación —formales e informales— en las coyunturas ríspidas de los movimientos estudiantiles de 1986 y 1999.

Estoy convencida que, más que a las reformas, Humberto le apostaba al cambio y creo que por esa opción donde estuvo marcó la diferencia: nunca se olvidó, sino que pregonó con el ejemplo que la brújula del trabajo de gestión debe ser atender la especificidad del trabajo académico y propiciar la participación plural y las iniciativas y esfuerzos colegiados y colaborativos. Sirvan dos ejemplos como botón de muestra:

Un ejemplo. Como director de la DGAPA, Humberto tuvo la iniciativa de dejar establecida una línea de trabajo y unos procedimientos para elaborar la estadística sobre el personal académico, de manera tal que permitiera ver su desarrollo en el tiempo. Y propuso constituir como Seminario de Investigación al equipo técnico encargado de diseñar y ejecutar los dos Censos que se realizaron entre 1983 y 1986³. Esos Censos no son números producidos y compilados al “tun tun” de procedimientos estadísticos, son números construidos con una visión clara no sólo de la utilidad en sí de los números, si no sobre todo de su necesidad para pensar y elaborar la política universitaria, la necesidad de conocer y comprender para intervenir con sentido. Se hicieron los Censos y se hizo un Diagnóstico⁴ en el que se plantearon los problemas que hoy caracterizamos como estructurales. Destacan los análisis pioneros sobre las desigualdades entre los y las académicas; entre el personal de tiempo completo y los contratados por horas; y el efecto de estratificación del personal académico según los nombramientos, categorías y niveles.

² García Salord, S (2009) “El devenir de la Universidad como espacio público: una trayectoria larga e incierta”, Pp.69-111. En Humberto Muñoz (coord.) La universidad pública en México, Seminario de Educación Superior-UNAM-Editorial Miguel Ángel Porrúa, México.

³ Censo del Personal Académico de la UNAM, 1983 y II Censo del Personal Académico de la UNAM, 1986. Dirección General de Asuntos del Personal académico. UNAM

⁴ Diagnóstico del Personal Académico de la UNAM. Dirección General de Asuntos del Personal académico. UNAM. 1984.

En 1986 se registra al personal académico, no sólo como homo sapiens y homo faber, sino también como un ser social cuya existencia no se reduce a su ser universitario: tiene o no tiene cónyuge, que trabaja o no, tiene hijos, tiene una vivienda, etcétera. Y quizás esta orientación no fuera casualidad, ya que, para la realización de los censos y del diagnóstico, Humberto convocó a 17 mujeres⁵ y sólo a 5 hombres⁶.

Otro ejemplo. En los últimos 20 años de su vida académica, Humberto fue un tipo de funcionario diferente al convencional porque lo fue como Coordinador del Seminario de Educación Superior. En ese momento, Humberto fue pionero en impulsar las nuevas formas de organización del trabajo académico que se proponían para revitalizar, innovar y actualizar la producción, transmisión y circulación del conocimiento; los Programas y Seminarios Universitarios creados por “Acuerdos del rector”. En 2004, sólo existían 5 de los 41 Seminarios que se crearon desde 1992⁷; y de los 26 que se reportan vigentes en la actualidad⁸.

Así nuestro colega nuevamente se ubicó en el lugar del equilibrio siempre inestable, porque los Seminarios Universitarios nacen separados administrativamente de las facultades, escuelas e institutos y centros de investigación; adquieren una relativa autonomía operativa, pero están conformados fundamentalmente por académicos que, en términos laborales, conservan su lugar de adscripción original en dichas entidades y desarrollan las mismas funciones sustantivas. En consecuencia, los Seminarios rompen las fronteras formales de los institutos, centros, facultades y escuelas, pero orbitan en ellos⁹.

En fin, creo que, a lo largo de su vida, Humberto optó por la adrenalina como estado existencial; y en ese estado, según (Chat GPT) la adrenalina es “la energía vital y la fuerza de supervivencia que nos impulsa a enfrentar desafíos, que nos recuerda que estamos vivos y nos llama a la acción frente al peligro o la emoción. Es la fuerza que nos saca de la zona de confort, permitiendo el crecimiento al aceptar la intensidad y el riesgo, y que enseña la importancia de volver a la calma y el equilibrio después del impacto”.

⁵ Ma. Herlinda Suárez Zozaya, Ericka Barón Rivero, Amalia García Jurado; Yolanda Alvarado Enríquez, Laura Hernández Sadurní, Araceli Hernández Andrade; Ma. Doris Juanchi Gómez, Beatriz Escobedo de la Peña, Elba Galicia Heredia, Norma Ojeda de la Peña, Judith Zubiet García, Paulina Grobet Vallarta, Pilar Velasco Muñoz-Ledo, Teresa Eugenia Sobrino, Lourdes Farfán Santoyo, Maricler Acosta Urquidi, Norah Schalaen Novick

⁶ Humberto Muñoz García, Rodolfo Corona Vázquez, Héctor Macías Cuesta, Vicente Medina López, Miguel Ruiz Velazco.

⁷ Programa denominado Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos (1991), Proyecto de Investigación denominado Seminario de Filosofía Moral y Política (1997), Programa denominado Seminario Universitario de la Cuestión Social (2001), Programa denominado Seminario Universitario de la Modernidad: versiones y dimensiones (2004), Programa denominado Seminario de Educación Superior (2004).

⁸ Según la página de la Secretaría de Desarrollo Institucional. <https://sdi.unam.mx/seminarios.php> 11 de mayo de 2025.

⁹ García Salord, S. y Lara Gallardo F. (2017) “Genealogía de los espacios académicos dedicados a la docencia y a la investigación en la UNAM (1553-2015)”. Memoria Electrónica del XIV Congreso Nacional de Investigación Educativa. Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C

Intuía que, en los últimos tiempos, Humberto estuvo intentando volver a la calma. Espero que lo haya logrado.

Gracias por escucharme y por acompañarnos.

(Homenaje a Humberto Muñoz - 9 de octubre de 2025)